

ros discípulos de Jesus en presencia de los verdugos y tiranos? ¿No es esta... Ah! fuerza es ahogar, católicos, los afectos que ocupan mi corazón en este instante, y dejarlos para ocasión mas oportuna; permítaseme con todo que pague al ménos un justo tributo de reconocimiento al Autor de doctrina tan sublime. ¡Loor pues eterno, ó Jesus, loor y bendición á esa caridad y amor inefable, con que quisiste con tu sufrimiento enseñar al hombre esa máxima, que jamas hubiera podido inspirar la ciencia humana, de perdonar las injurias y detestar la venganza!

Sigamos al Señor á la casa del pontífice Caifas, y contemplemos la escena mas lastimosa que jamas presenció el universo. Armase contra él la perfidia de los ministros; sobornan contra Jesus mil testigos que depongan falsamente contra su conducta; pero sus deposiciones, como nacidas del odio, se contradicen unas á otras; la mentira se descubre palpablemente; nada hay que pueda motivar una sentencia. Sin embargo, el pontífice lleno de rabiosa prevención, le dice: *¿Qué respondes á lo que estos declaran contra ti?* (1) Pero viendo el silencio profundo que observa, se levanta, y acercándose al Señor en tono de superioridad, dirígale la palabra en estos términos: *conjúrote por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios* (2). Á esta pregunta, aquel mansísimo cordero, hasta entónces insensible á los ultrajes, despliega sus labios para dar un testimonio de su divinidad y de la de su Padre. *Sí, le dice, yo soy; y en verdad os digo que llegará un día, en que veáis al Hijo del hombre, sentado á la diestra de Dios y rodeado de las nubes del cielo para juzgar al mundo* (3). Pero la malicia del pontífice no puede escuchar tranquilamente una respuesta tan llena de majestad: levántase precipitado, y lanzando una mirada furibunda á Jesus, rasga sus vestiduras y dice á los circunstantes: *Blasfemado ha; ¿qué necesidad hay pues de mas testigos? qué os parece?* (4) Que muera! claman todos, que muera! *Reus est mortis* (5); y diciendo esto, arremete contra él toda aquella turba furibunda; y ansioso cada cual de saciar en él su saña, nada omiten para hacer toda aquella noche sobre su adorable persona cuanto el infierno pudo inspirar de mas amargo, de

(1) *Matth. c. 26. v. 62.* (2) *Ibid. v. 63.* (3) *Ibid. v. 64.* (4) *Ibid. v. 65.*
(5) *Ibid. v. 66.*

mas cruel, de mas ignoble: cúbrele los ojos con un paño, y poniendo en sus manos una caña en señal de cetro, le abofetean, le insultan, hincan ante él la rodilla y le dicen: *adivina quién te ha herido* (1). Quién escupe en su divino rostro, quién le hiere con la misma caña; el uno le insulta, el otro le blasfema... Mas hable por nosotros el P. san Gerónimo, y él nos dirá que es tan imposible el llegar á comprender las injurias, oprobios y dolores que el Salvador sufrió en aquella noche, que solo el día del juicio podrá revelarlos, y los revelará efectivamente á la faz de todo el universo. «Entretanto, ó pueblo ingrato!» exclama el P. san Leon, «en vano pretendes cubrir los ojos á quien te los dió. Tú no haces sino anunciar tu reprobacion, y nos significas que el Salvador ha tomado en realidad ese velo; y que como tú lo pusiste sobre sus ojos, lo ha puesto él sobre los tuyos para que no le conozcas.»

Ya amanece el día mas lamentable de todos los siglos. Jesus es conducido ante el presidente Pilátos, seguido como un malhechor de un tropel inmenso de malvados que le insultan. Pilátos reconoce su inocencia, y le remite á Heródes: este rey impío se burla del divino Salvador, hácele vestir de una túnica blanca como á un hombre ignorante y fatuo: «Le desprecia,» dice san Buenaventura, «como á impotente, porque se negó á hacer en su presencia los milagros que de él exigia; como á ignorante, porque rehusó contestar á sus insultantes preguntas, y como á fatuo, porque no se defendió de las acriminaciones que se le hacian:» *Sprevit illum tanquam impotentem, quia signum non fecit; tanquam ignorantem, quia verbum non respondit; tanquam stolidum, quia se non defendit.* Sabiduría eterna! Verbo divino! vos tratado de loco? Amor! hasta dónde ha de llegar tu imperio? ¿No es verdaderamente una fatuidad, dice el P. san Agustin, el amar con tanto extremo al hombre? *Nonne vere insania est?* Pues aún no se ha llenado la medida de su corazón: es preciso que se verifique el vaticinio de Jeremías, y que este divino Redentor sea saciado de oprobios: *Saturabitur oprobriis* (2).

Vuelto á conducir el Salvador ante el presidente Pilátos, y convencido este de la inocencia de aquel que se le presentaba como un criminal, lo declara públicamente, y dice que él no

(1) *Luc. c. 22. v. 64.* (2) *Thren. c. 3. v. 33.*

halla causa alguna que pueda motivar una sentencia, cual desean y exigen sus importunos acusadores: *nullam in eo invenio causam* (1). Pero fluctuando entre sus convicciones y los deseos de no descontentar al pueblo, propone un medio, injurioso es verdad, que las circunstancias le proporcionan, y que él juzga oportuno para librarle. Con motivo de la festividad de la Pascua, era costumbre introducida entre los judíos dar libertad á un criminal. Hallábase á aquella sazón uno llamado Barrabas, hombre famoso por toda suerte de infamias y crímenes, con que habia sembrado el terror en toda la comarca. Hace pues un infame paralelo entre la Bondad por esencia y la maldad personificada; entre el milagro de la inocencia y el monstruo de la inhumanidad y fiereza. ¿A quién, les dice, queréis que ponga en libertad? á Jesus ó á Barrabas? — A Barrabas! exclama vociferando aquel pueblo fementido: á Barrabas! — ¿Y qué se ha de hacer de Jesus que se llama Cristo? — Quitale de ahí; que muera; crucifícale (2). Ah! ¡cuántas veces repite este mismo grito el pecador atrevido, cuando por seguir el impetuoso torrente de pasiones viles y degradantes, no duda preferirlas á su Dios, cuya gracia desprecia! « Ó prodigio! » exclama aquí san Bernardo, « qué es lo que miro? El mas alto ha venido á ser el mas bajo; el Excelso se ha envilecido; la gloria de los ángeles es el oprobio de los hombres. Ó gracia, ó fuerza del amor de un Dios! (prosigue el mismo) ¿cómo es que el Señor de todas las criaturas ha venido á ser el objeto de su desprecio? ¿quién ha causado una mudanza tan insólita? El amor (responde el santo); sí, todo lo ha hecho el amor de Jesus hácia los hombres. » *Quis hoc fecit? Amor.*

Este mismo amor conduce á Jesucristo á sufrir el castigo mas vil y á que solo estaban sujetos los esclavos. El pérfido Pilátos, vendido á los caprichos de un pueblo insano, juguete vil é instrumento de sus exigencias, sentencia á Jesus á ser azotado; bárbaro medio de aplacar la sed de sangre de aquellas fieras insaciables. Ángeles del cielo! venid á presenciar este espectáculo horrendo; venid á derramar lágrimas de sangre, ya que no os sea permitido el sustraer á vuestro Criador de las manos de sus crueles verdugos. Amarrado el Redentor á una columna con fuertes ligaduras, en una completa desnudez, empiezan aquellos

(1) *Joann. c. 19. v. 4.* (2) *Luc. c. 23. v. 21.*

inhumanos á descargar sobre su inocente cuerpo crueles golpes que hacen temblar todo el pavimento. « Cuál, » dice Pedro Damiano, « sacude en el pecho, cuál en las divinas espaldas, este en las piernas, aquel en los costados, ya en la cabeza, ya en los brazos, » la sangre corre á torrentes por todas las partes de aquel cuerpo sacratísimo; tñense de aquel licor sagrado los azotes, la columna, las manos y rostros de los sayones; y hasta en la tierra se ve un charco de la sangre preciosa que se ha formado en el seno purísimo de María. Cinco mil y mas azotes han formado ya una sola llaga de toda aquella humanidad sacratísima. Seis feroces verdugos, segun la doctrina del P. san Gerónimo, han agotado ya sus fuerzas, y caen desfallecidos por tierra. Las espinas y abrojos, los cordeles nudosos, las cadenas de hierro, los garfios acerados se han cebado en aquella carne virginal, y no han dejado parte alguna sana, segun la expresion de Isaías (1). Qué mas resta? Ah! en vano Pilátos, lisonjeándose de mover el corazón de aquellos tigres, preséntales al Salvador en este lastimoso estado, taladrada su cabeza con una corona de punzantes espinas, cárdeno y ensangrentado el rostro, eclipsados y turbios sus divinos ojos: *Ecce homo*, les dice, hé aquí á este hombre; este hombre que apenas lo parece; este hombre, que me presentáis como un criminal y en quien yo no veo sino un inocente; ¿qué pues queréis de él? Pero, ¡ó barbarie de un pueblo ebrio de furor! todos claman á una voz: senténciale á muerte: crucifícale! *Crucifigatur*. Puede concebirse inhumanidad mas horrible? Caton lloró, cuando vió los cadáveres de los romanos, contra los cuales habia movido sus armas; lloró Tito, cuando vió los cadáveres de los judíos, á quienes habia perseguido; y aún aquel Alejandro que, á costa de los mayores sacrificios y sin perdonar fatiga ni medio alguno, habia procurado quitar del mundo á Darío, con todo eso cuando llegó á vista de su cadáver ensangrentado, no pudo contener las lágrimas. Solo Jesus no halló en sus perseguidores compasión; ántes claman, y como sedientos de su sangre, piden á voces que sea crucificado: *crucifigatur*. ¡Crucifícale; venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Piedad, compasión, misericordia, dónde estáis? Juez impío, ¿temes perder la amistad del César, y no temes perder la de tu Dios? ¿Y qué di-

(1) *Isai. c. 1. v. 6.*

remos, católicos, á vista de la ingratitud monstruosa de ese pueblo vil y desnaturalizado? Él vocifera que no reconoce otro rey sino el César; y nosotros ¿á quién reconocemos? ¿quién es nuestro solo y verdadero rey? Los placeres? el mundo? los caprichos criminales? No, dulcísimo Redentor; vos sois nuestro único rey: *Non habemus regem nisi Jesum*. Vos sois nuestro monarca; y ningun otro fuera de vos reinará en nuestros corazones. Dominádos pues, sentáos en ellos como en vuestro trono: *Non habemus regem nisi Jesum*.

Pero ya Pilátos ha pronunciado la sentencia de muerte contra el Autor de la vida. Pasmáos, cielos! Y ¿qué delito, dice aquí llorando el devotísimo Bernardo, qué delito habéis cometido, por el cual hayáis de ser condenado á muerte, y muerte de cruz? Ah! *Peccatum tuum est amor tuus*: tu amor excesivo hácia el hombre, ese es tu pecado; ni puede haber otra causa, dice san Buenaventura, que os haga acreedor á una muerte tan cruel, á no ser este mismo amor: *Non video causam mortis, nisi superabundantiam charitatis*. Olvidados los judíos de los sentimientos naturales, como crueles elefantes, embravecidos con la vista del ensangrentado cuerpo del Salvador, apénas oyen la sentencia del juez mas inicuo que jamas ha visto el mundo, cuando acometen al Señor en tropel con alboroto y vocería, y le ponen sobre aquellos delicados hombres el instrumento de su último suplicio, la cruz. Ya está preparado el inocente Isaac, para salir del pretorio cargado con la leña que ha de servir al sacrificio. Salid pues, hijas de Sion, y ved al mas inocente Abel, que se dirige al campo para morir á manos de sus hermanos. Ahí va el justo Noé, cargado con el arca que ha fabricado, para que os salvéis en ella. Ahí va (hablemos sin enigmas) el Hijo unigénito del Padre, el esplendor y rey eterno de la gloria, que camina con paso lento hácia el Gólgota. No oís el eco de esa lúgubre trompeta? No penséis que es la voz de un pregonero que manda hincar la rodilla ante el afortunado Josef; no, es la voz de un infame ministro, que manda sea llenado de injurias y baldones el mas inocente y santo de los nacidos. Mas, ah! cielos, desquiciáos! estremecéos, columnas del firmamento! Jesus desfallece con el peso enorme del sagrado madero, vacila, titubea, y por último cae en tierra el Dios omnipotente, el gran Dios de los ejércitos, que con sola una palabra arruinó las gentes y redujo á polvo los montes mas soberbios

del siglo; aquel Dios de fortaleza, ante quien se arrodillan los que cargan sobre sus hombros el orbe; el que crió los cielos y la tierra y todo lo visible é invisible. Almas cristianas, ved en tierra caído sobre su rostro y exhausto de fuerzas, á ese Sanson divino, cuya fortaleza era poco há la admiracion de todo Israel, ved al inocente Amasa, bañado en su propia sangre, caído en el camino, sin hallar quien se conduela de su afliccion; ved... vosotros, soberbios, venid y contemplád á vuestro Redentor, agobiado bajo el peso aún mas insufrible de vuestro lujo, fausto y ostentacion. Vuestras injusticias, hombres avaros, vuestras impurezas, hombres lascivos, y vuestros pecados, pecadores todos, son los que han hecho caer por tierra á ese Dios amoroso. En ese leño ha puesto el Señor todas nuestras iniquidades, segun la expresion de Isaías. Detenéos pues un momento; con vosotros habla ese Dios humillado, y de lo mas profundo de su abatimiento os dice: ¿ó vosotros los que pasáis por el camino, atendéd y ved si hay dolor semejante á mi dolor! Como si os dijera, ¿por qué pasáis, ó crueles, sin tenerme por digno aún de una mirada amorosa? ¿Por qué no alargáis vuestra mano para levantarme, pues vuestros pecados me han puesto en este estado? Detenéos, mirád mi abatimiento, y ved si halláis un hombre que haya padecido penas semejantes á las mías; mas yo veo que proseguís vuestro camino, sin dejarme por prenda última de vuestro amor ni una sola lágrima, cuando tantas derramáis por el mundo: *sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et qui consolaretur, et non inveni* (1).

Mas qué es lo que miro? á dónde caminas, ó Agar benditísima? Ó María! detenéos, no paséis adelante! ¿cómo podrá sufrir vuestro corazón la vista de vuestro Hijo dulcísimo? ¿queréis sucumbir en fuerza del sentimiento? ¿es posible...; pero nada es capaz de detener á esta Madre afligida, que cual tierna cervatilla herida de una punzante saeta, corre en pos del Hijo de sus entrañas. Ó dulcísimo Hijo mio! diria, ó espejo sin mancha! ó tierno objeto de mi amor! ¿quién me diera á mí que yo muriese por ti! Entretanto ya comienza á oír el estruendo y alaridos de aquella vil canalla; ya ve el tumulto y confusion; ya descubre á lo léjos el pedazo de su corazón debajo de los

(1) *Psalm. 68. v. 21.*

piés de los judíos. ¡Qué dolor para una madre que ve á su hijo en tan lastimoso estado! ¡qué dolor para un hijo que ve á su madre tan dolorida y angustiada! Ó encuentro cruel! Aquí es donde la luna mística del mundo María se ha convertido en sangre y ha perdido sus resplandores. María se halla oprimida del mas acerbo dolor, y Jesucristo su hijo... Mas ya mi lengua se traba; no puedo proseguir. Abandonemos escena tan lúgubre y sigamos á Jesus, el cual exhausto de fuerzas, titubeando con el peso, y cayendo á cada paso, camina afanado para llegar al Calvario, como al teatro de sus aflicciones y dolores. Ya llega á la puerta judiciaria; ya sus ojos divisan aquella montaña; ya...; mas no tengo aliento para seguirle mas. Animáos vosotros, y seguidle hasta la cumbre del Calvario; allí veréis cómo le despojan con violencia renovando cruelmente sus llagas; veréis cómo le extienden bárbaramente sobre aquel madero; veréis cómo barrenando sus sacratísimos piés y manos, los taladran con agudos clavos; veréis cómo le elevan en la cruz, quedando suspendido entre el cielo y la tierra, para que sea todo el universo testigo de su muerte; veréis cómo le dan á beber hiel y vinagre, para introducir el tormento adonde no habian podido llegar los golpes; veréis como, insultándole sus enemigos, pide á su eterno Padre que los perdone, excusándolos con su ignorancia; veréis cómo perdona al buen ladrón haciéndole participante de su reino; veréis cómo viendo á su dolorida Madre al pié de la cruz afligida y llorosa, la encomienda al discípulo amado; oiréis cómo se queja á su eterno Padre del desamparo en que se halla. Pero qué esperáis ya, justicia divina? hé ahí á aquel que se hizo responsable por el hombre; llegado es el día de las venganzas, el día del abandono y del olvido que tanto habia llorado Isaías, nada pues resta en la víctima que consumirse; ya no hay en él parte alguna sana para recibir los golpes: oíd, ó Padre eterno, cómo clama vuestro Hijo unigénito: ya todo está consumado; cumplido he todo lo que exigía vuestra divina justicia para salvar á los hombres: *Consummatum est!* Así clamó Jesus, y su clamor fué tan grande y excesivo, que su eco, al sentir del P. san Buenaventura, fué oído hasta en los mismos infiernos: clamor que horrorizó á los judíos; partió el velo del templo, dividió los peñascos y obligó al centurion á confesar su divinidad. Así clamó, dice san Hilario, opri-

mido del dolor; y como si ya le faltasen las fuerzas para sufrir, llama á su Padre para entregarle su espíritu: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*: é inclinando sobre el pecho su lánguida cabeza, ciérranse sus divinos ojos, y exhala el último suspiro: *et inclinato capite emisit spiritum*. Murió en fin Jesus; el Hijo del eterno Padre, el rey inmortal de todos los siglos, el autor de la misma vida: murió Jesus; ó cruel pecado! tú fuiste el implacable verdugo que pusiste fin á una vida tan preciosa; pero mas que el pecado fuiste tú, ó amor cruel, desapiadado amor.

Sí, pecadores, ved aquí la grande obra del amor de nuestro divino Redentor: ved la lastimosa mudanza que ha hecho en su persona adorable, y conocéd el exceso de su caridad. Estos ojos que con sus miradas suavizaban los corazones mas duros, ya no son mas que dos astros lánguidos que padecen un horroroso eclipse; esta boca que ha pronunciado tantos oráculos, y de donde se derivaba el consuelo para los tristes, ya enmudeció y permanece en eterno silencio: estas manos que han llenado el cielo de maravillas y la tierra de prodigios, ya no tienen movimiento: estos piés que tantos pasos han dado para nuestra salud, traspasados están cruelmente con duros clavos. ¡Ah, Redentor mio, qué pago habéis recibido de los hombres! ¿Es esta la recompensa debida á vuestro amor? porque vuestro amor ha sido quien os obligó á sufrir tamaños dolores, ultrajes tantos, muerte tan infame y cruel. Y si no decídmelo, Jesus mio, ¿qué son esas llagas que cubren todo tu sacratísimo cuerpo? *Quæ sunt plagæ istæ?* Ellas son, responde el sapientísimo abad Rupert, señales indelebles, testimonios auténticos de su amor y el precio de nuestra redención: *Sunt monumenta charitatis, pretium redemptionis*. Testigos son esta cruz, estos dolores, esta muerte afrentosa é ignoble. Todo en él clama amor, todo repite amor, todo demanda amor. Esta cabeza inclinada para darnos el ósculo de paz, estos brazos extendidos para abrazarnos, este corazón abierto para recibirnos en su seno; ¿no os moverán, cristianos, á amar á este dulcísimo Jesus, víctima preciosa del amor?

Sí, amabilísimo Jesus mio, reconocemos el exceso de tu caridad, y por lo mismo lloramos amargamente nuestra pérfida ingratitud. Ó Redentor nuestro! ó amante Jesus! os amamos y deseamos morir crucificados con vos, ya que por amarnos ha-

béis muerto en este duro leño. Eterno Padre! pecado hemos ; sí, os hemos ultrajado ; pero ved aquí á vuestro santísimo Hijo que ha satisfecho por nosotros, y os ofrece su vida en sacrificio de expiacion por nuestros crímenes. Aceptád os rogamos esta hostia de placacion, ínterin que poseídos nuestros corazones del mas vivo sentimiento, al par que del arrepentimiento mas amargo, no cesamos de repetir : *Señor mio Jesucristo, etc.*

DISCURSO

SOBRE

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

Vidimus eum... virum dolorum..., et percussum à Deo... propter iniquitates nostras.

Vimosle... como un hombre de dolores..., herido por la mano de Dios... á causa de nuestras iniquidades.

Isaias, c. 53. v. 2. al 5.

Pueblo cristiano, llegado es el gran dia, dia llamado por excelencia de las misericordias y de las venganzas divinas ; dia que Dios habia visto desde el principio de los tiempos, y sobre el cual debia girar el órden invariable de sus eternos designios ; dia de eterna memoria, que debia ofrecer un espectáculo el mas digno para el cielo, un triunfo el mas cumplido para la tierra, una época para siempre célebre en los anales del mundo ; dia en que iba á comenzar en el universo la sorprendente revolucion que no finalizará, sino cuando concluyan los siglos ; dia que los patriarcas habian designado en diversas edades y generaciones ; que los profetas habian anunciado con tanta pompa bajo emblemas misteriosos y magníficas alegorías ; dia que los justos habian apresurado con sus votos, y en pos del cual los penitentes habian lanzado tan ardientes suspiros ; dia en que el cielo, la tierra, el mar, los peñascos, la naturaleza, los seres todos ofrecen un tributo de compasion, un sacrificio de lágrimas y un holocausto de admiracion y asombro, al pre-